

## MI ENCUENTRO CON LA PRIMERA MAESTRA TECLA



Nuestra vida está marcada por innumerables encuentros: encuentros fugaces, que alegran la existencia, encuentros que crean amistad y comunión y encuentros importantes que orientan nuestro camino y quedan impresos en la mente y en el corazón. Así fue mi primer encuentro con la Primera Maestra: ha dejado una huella profunda en mi joven vida. Me encontraba en Alba, donde había entrado a solo diez años de edad, poco antes que iniciara la guerra. Muy pronto el gran conflicto ha impedido las relaciones y no recuerdo si ha habido otros encuentros con la Primera Maestra antes del final de la guerra. Ciertamente me habían hablado de ella, pero no recuerdo de haberla visto antes.

La guerra que había terminado poco antes, destruyó nuestras ciudades, causó muchas muertes y devastó las carreteras. Pero un día, un largo sonido de campana nos llama a todas en el patio. La Primera Maestra había llegado de Roma, después de un viaje bastante aventurero.

Hubo un gran clamor, una carrera a la puerta, y luego una explosión de alegría. La Primera Maestra descendía del auto cubierta de polvo y su rostro buscaba los nuestros como para abrazarnos a todas con un solo

golpe de vista. Conservo en el corazón aquella imagen sonriente, aquellos ojos profundos y sus primeras palabras: « ¿Están todas bien? ». Yo era poco más que una niña, pero sentí su mirada sobre mí e inmediatamente quedé fascinada humana y espiritualmente. Nunca olvidé aquel encuentro.

Algunos años después fui a Roma para el noviciado y para los estudios. Tuve la oportunidad de encontrarla, sobre todo de escucharla cuando los domingos nos reunía a todas en el “estudio grande”, donándonos su palabra que orientaba nuestras vidas, nos alentaba y nos advertía cuando era necesario, pero siempre con aquella mirada profunda y aquel rostro sonriente. Nos transmitía el pensamiento del Primer Maestro, nos impulsaba a vivir y a donar intensamente nuestras jóvenes vidas, a cultivar la oración, la unión con Dios y a sentir ansia por las almas. Nos informaba de sus viajes al extranjero cuando visitaba las nuevas fundaciones, comunicándonos las dificultades y la audacia de las hermanas lejanas.

Diré también algo de su visita en mi nuevo oficio, pocos días después de haber asumido la dirección de las revistas catequísticas. Tenía poco más de treinta años y poca experiencia, si bien ya había comenzado inmediatamente después de los estudios, a entrenarme en la redacción y en la animación catequística. Ella llegó de improviso, con su paso rápido, y me preguntó cómo iba nuestro trabajo; se informó sobre la publicidad de la nueva revista *Via Verità e Vita per la Famiglia*, que debíamos enviar a las casas filiales y me ofreció algunas sugerencias para facilitar la acogida.

Los recuerdos se multiplican, pero no puedo alargarme ya que son muchos. Sin embargo tengo de ella como una visión que siempre aflora a la memoria y es la de su actitud en el santuario, donde permanecía mucho tiempo en oración, en el último banco a la izquierda, bajo la grande cúpula. Era visiblemente en contemplación de nuestro Dios.

Recordándola, brota de mi corazón un grande gracias al Señor por habérnosla dado, por haberla encontrado, conocido cada vez mejor y por haberme transmitido un gran deseo de vivir en plenitud la vocación paulina.

M. Agnes Quaglino, fsp